

cualquier estudio regional, local o, incluso, general, en el que se citen ejemplos concretos. De ahí que la carencia de tan valioso instrumento se eche más en falta.

En definitiva, son muchos los campos que delimita, dejando una puerta abierta a una futura profundización en estudios de diferentes disciplinas —Historia, Historia del Arte, Antropología, etc.—. Poniendo un ejemplo concreto, cualquier investigación que trate desde una perspectiva histórica o antropológica el ciclo agrícola tendrá que citar ineludiblemente los capítulos dedicados a cada labor relacionada con su correspondiente época del año, magistralmente expuestas por Castiñeiras.

Manuel Antonio Castiñeiras González es Profesor Titular de Historia del Arte de la Universidad de Santiago. Ha colaborado en las revistas *Prospettiva*, *Archivo Español de Arte*, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, *Annals de L'Institut d'Estudis Gironins*, así como en numerosos congresos, seminarios y obras colectivas.

Roldán Jimeno Aranguren
Universidad de Navarra

Martínez Gil, Fernando, *La muerte vivida. Muerte y Sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Toledo: Diputación Provincial, 1996, 164 p., ISBN 84-87100-40-6.

Prólogo. I. In Principio. II. El contexto histórico. Los siglos XIII-XV. 1. Expansión y crisis de la Castilla Medieval. 2. Muerte y sociedad en la Baja Edad Media. III. El modelo de la buena muerte cristiana. 1. Berceo y la buena muerte. 2. El ceremonial medieval de la buena muerte. 3. Las santas mujeres de los reyes. 4. La mala muerte. 5. El juicio final. 6. Cielo e infierno. 7. La evolución de un modelo. IV. El protagonismo de la muerte. 1. La personificación de la muerte. 2. El sentimiento macabro. 3. Las danzas macabras. 4. Sobre el significado social de las danzas macabras. V. El cuerpo después de la muerte. 1. Ostentación y humildad. 2. Cementerios medievales. 3. La invasión de los templos. VI. La reacción de los vivos. 1. El duelo en la ficción. 2. El duelo en la realidad. 3. Luto y viudez. VII. El alma en el purgatorio. 1. La consolidación del «Tercer lugar». 2. Las relaciones entre vivos y muertos. VIII. La clericalización de la muerte. IX. La entrada en la modernidad. Las artes moriendi. 1. Los textos. 2. Las artes y su prolongación en el Renacimiento. Bibliografía. 1. Manuscritos. 2. Fuertes impresas. 3. Bibliografía.

Como advierte en el prólogo, y dadas las premisas científicas plasmadas años antes en su tesis doctoral titulada *Muerte y Sociedad en la España de los Austrias*, Fernando Martínez Gil pretende analizar los precedentes y modelos bajomedievales del *ars moriendi* legado a las centurias modernas. Y lo hace de una forma enriquecedora y metódica mostrando a través de los testimonios literarios y tradiciones populares castellanas la evolución y transformaciones de los esquemas escatológicos presentes en esa sociedad.

El contenido temático toma como punto de partida los textos literarios y conciliares del siglo XIII que recogen el modelo altomedieval de la «buena muerte» cristiana, seguido en mayor medida por reyes y nobles, ya que dichos testimonios escritos en ningún momento plasman la visión y actitudes de los *minores*. Y es ante dicha premisa donde se abre un nuevo campo en el que cabe preguntarse y detenerse en un examen más atento acerca de esas concepciones unitarias y con falta de matizaciones atribuidas al alto medievo. El análisis documental, arqueológico y artístico-iconográfico de aquella etapa podría darnos la clave de todo el universo mental e imaginario que asoma al siglo XIII.

Con el advenimiento de una nueva centuria, la muerte, antes integrada dentro de su lógica unidad religiosa, se desvincula de ésta, convirtiéndose en un hecho de carácter aislado y por tanto con un nuevo ámbito para la reflexión mental. Desgajado en un principio de la vía salvífica, el fin de la vida terrena comienza a considerarse como subliminal y nefasto. ¿En qué medida influyen los hechos desgraciados que tienen lugar en la décadas centrales de este siglo para que se opere este cambio?. En principio, podrían atribuirse tales modificaciones a las crisis de subsistencia y de las más elementales estructuras del occidente europeo. Pero, y con una creciente precisión procedente de los estudios de destacados especialistas, se constata que ese papel amenazante e individualizador de la muerte precede a aquellas trágicas circunstancias y que tan sólo a partir de la Peste Negra de 1348 se pudieron acoger y difundir.

Enfrentado al momento angustioso de la muerte, el hombre medieval adopta una actitud individual con respecto a su fin mundano y su juicio particular, ampliándose el modelo binario de cielo-infierno con la aparición del purgatorio. Aunque ausente de la literatura castellana del XIII, el surgimiento de este nuevo espacio, en cierta medida personalizado y algo dramático, va a propiciar las relaciones entre los vivos y muertos, cristianizando el culto a los muertos y provocando el auge de los sufragios a finales de la edad media. Por otra parte, la difusión en los ámbitos profanos de una visión negativa de la muerte da lugar al uso y popularización de nuevas imágenes plásticas: «lo macabro», arma también empleada como instrumento pedagógico en los sermones religiosos.

Estas nuevas manifestaciones y reflexiones ante la muerte suponen también un creciente interés por el destino terrenal del cuerpo que abarca cualquiera de los aspectos y modos funerarios: expresiones de dolor, el amortajamiento, los cortejos, el luto y los llantos literarios —que aparecen en este siglo—. Todo confluye para enriquecer y dar protagonismo a este fenómeno cultural, que con la nueva centuria va a experimentar un nuevo proceso evolutivo.

En el siglo XV, las connotaciones negativas del momento final van a ir cediendo paso a una nueva experiencia personal en la que cada hombre —en su lecho de muerte— ha de luchar entre el bien y el mal, entre los ángeles y demonios. Prescindiendo de lo macabro, este *ars moriendi* insiste en el concepto de eternidad ante la que se encuentra el alma, siendo la religión la única vía de

salvación. La preparación para este momento trascendental refleja en cierta medida una obsesión presente bajo formas literarias muy difundidas en la Europa occidental gracias a la imprenta. Sin embargo, este tiempo último no deja de inspirar temor y espanto, pues se ha convertido en un debate entre la salvación y la condenación. Así, con ciertos tonos de desequilibrio, este «debate final» toma un nuevo rumbo a partir del siglo XVI, cuando se presume que la vida eterna no se gana únicamente en el lecho de muerte. El buen morir estará a partir de ahora en consonancia con el buen obrar, el buen vivir.

Llama la atención la meticulosidad del autor para seleccionar y exponer los textos que ilustran la exposición cuyo objetivo es presentar la progresiva aparición de un universo referencial de imágenes plásticas y actitudes mentales sobre la muerte. Esta rigurosidad queda también explícita en el índice de la obra, tan bien estructurado y tan sugerente. Sin embargo, carece de un apartado final que recoja unas valoraciones generales. De esta manera, se podrían calibrar y reflexionar sobre las aportaciones bajomedievales —avaladas por la literatura y tradiciones castellanias— a la etapa moderna.

Si bien las fuentes de información remiten a un campo concreto, la obra anima a profundizar sobre este universo cultural en torno a la muerte en otros ámbitos espaciales próximos o sobre cuestiones más particulares.

Fernando Martínez Gil es uno de los pocos investigadores hispanos que se ha centrado en el estudio del *ars moriendi* —concretamente en el ámbito toledano—, como avalan otros de sus títulos. A pesar de los brillantes esfuerzos realizados en las dos últimas décadas, se sigue careciendo de un análisis completo e integrado de este fenómeno en la edad media peninsular. Quizá porque la investigación centrada en un campo como el de las mentalidades, mucho más fructífero en Francia, sigue considerándose como «el hermano menor» de la Historia. Si bien no conviene copiar a la letra los esquemas del país vecino, valdría la pena, sobre nuestro tan rico legado histórico —documental, arqueológico, artístico-iconográfico, literario y litúrgico— plantearse la reflexión sería de unos signos de identidad presentes en nuestra cultura, integrando las variadas y muchas veces interesantes aportaciones existentes hasta la fecha.

Fernando Martínez Gil es autor, entre otros trabajos de *Muerte y Sociedad en la España de los Austrias* (Madrid, 1991), *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias* (Toledo, 1984) y *El triunfo de la buena muerte. El significado del Entierro del señor de Orgaz* (Historia 16, n. 101, p. 33-40).

Julia Pavón Benito
Universidad de Navarra